

Buenas noches a todos. Muchas gracias por venir a esta presentación.

Para mí es un verdadero honor que la directiva de la banda haya contado conmigo para dirigiros estas palabras. Y más todavía, cuando este curso estoy un tanto desvinculado de la banda ya que por causas personales no puedo venir a los ensayos.

Si os soy sincero, haciendo esta presentación, me siento como si fuera el pregonero de las fiestas de Santa Cecilia de la Agrupación Musical de Guardamar. Y cuando empecé a pensar sobre cómo enfocar estas palabras que os voy a dirigir, mi cabeza dio mil vueltas hasta lo que aquí os propongo. Pensé en hacer un recorrido por mi vida como músico, de la historia de la banda... pero definitivamente pensé que podría quedar más bonito con algo tan sencillo como contaros un cuento que espero que os guste.

Erase una vez un lejano pueblo costero bañado por las cristalinas aguas de un mar calmado, cuya superficie refleja el sol como si de miles de estrellas caídas a la tierra se tratara. Las huertas de este enclave siempre fueron fértiles. La mágica conjunción de luz, aguas del río y ricas tierras permitían teñir de verde las vegas rivereñas de este pequeño terruño. La buena gente del lugar, centrada en el cultivo de la huerta y en la pesca, habitaba un pequeño cerro que con el paso del tiempo fortificaron. Desde allí se podía contemplar la magnificencia del azul del mar y el brillo dorado de las dunas al este; al sur, los campos de secano preñados de vides para elaboras buenos vinos; y al norte y oeste, se podía divisar el discurrir del río, primero por la huertaa y luego por entre las dunas, hasta su angosta desembocadura.

La historia de este pueblo del que os estoy hablando, se hunde en un lejano pasado, cual raíces de un Árbol milenario. Por él pasaron muchas, y muy diversas culturas, desde la más remota antigüedad, hasta el día de hoy. Hubo multitud de hechos relevantes a lo largo de su historia: guerras, conquistas, reconquistas, pérdidas de territorios, e incluso catástrofes naturales.

Hacia relativamente poco que las gentes del lugar estaban reponiéndose del último gran terremoto. En aquel extraordinario evento, se abrió la tierra con grietas tan profundas que el olor a azufre llegó a invadir la huerta, haciendo pensar que los demonios saldrían del mismísimo averno por aquellas oquedades. El cauce del río cambió de recorrido, como si fuerzas mágicas así lo hubieran deseado. Muchas de las casas, sobre el cerro, quedaron devastadas y entre la población cundió el terror y el desánimo de que vivir allí, en lo alto, podía ser peligroso. Con gran pesar y dolor, decidieron no reconstruirlas e incluso renunciar a la muralla que les había servido de protección durante tantos años. Esto les llevó a construir un nuevo pueblo en el llano, en el frente de levante del cerro, donde anteriormente vivían, pensando que allí estarían más seguros ante los embates de la naturaleza.

El tiempo pasó... casi cien años, en los que la vida se normalizó y las gentes volvieron a vivir contentas y felices, cultivando sus fértiles huertas y campos, así como con la pesca. Sin embargo, como si de algo maligno se tratara, una nueva amenaza se cernía sobre la localidad. Las dunas, que durante años habían permanecido inmóviles, y que habían servido de terreno de cultivo de secano, empezaron a crecer y avanzar; abalanzándose sobre el nuevo pueblo, como si de la enorme ola de un tsunami se tratara; aunque muy lentamente, cual asesino silencioso.

El temor de volver a perder el pueblo, se proyectaba, cual sombra oscura, sobre sus casas, al borde de ser dramáticamente enterradas por las

arenas. Por ello las gentes decidieron afrontar este enorme problema frenando el avance de las dunas. Muchos sabios se congregaron para decidir el modo de llevar a cabo tan magna obra. Definitivamente se optó por cubrir de vegetación esas enormes dunas, a fin de que la fuerza de las raíces de las plantas y árboles abrazaran la arena y la inmovilizaran. Eso fue lo que hicieron, plantaron más de medio millón de pinos y los cuidaron y mimaron durante mucho tiempo, como si fueran unos hijos, más, del pueblo; regándolos con cariño, cubriéndolos con ramas para protegerlos de los fuertes vientos de levante, y así continuamente, hasta que se hicieron grandes y fuertes, dando lugar a un hermoso bosque.

Pero en uno de aquellos arboles sucedió algo muy extraño. Al poco de plantarlo y con poco riego, creció muy rápidamente. Las gentes acusaban a uno de los jardineros que cuidaban el pinar, que había hecho un extraño ritual con él. Él simplemente, lo regaba y cuidaba con mucho más cuidado que a los demás, porque aquel hombre decía que era un pino especial. Se acercaba con una pequeña flauta de caña y le tocaba una sencilla melodía. Aquellas notas alimentaban ese plantón mejor que cualquier otro abono y lo hacían crecer a mayor velocidad.

Enseguida echó ramas, dividiéndose en tres grandes brazos a partir de un robusto tronco. De una de ellas brotaron unas hojas leñosas, de un color marrón amarillento, y cuando el viento pasaba entre ellas, emitía un sonido silbante, similar al de la flauta del jardinero. La segunda de las ramas era de un color dorado como el latón, y las acículas, de colores metálicos, emitían sonidos fuertes y brillantes. La tercera rama era de un color gris rocoso, como si de un brazo granítico se tratara. Sus hojas eran duras y oscuras cual púas de erizo de mar y no sonaban con el paso del viento. Este hacía que chocaran, entre sí, emitiendo sonidos que evocaban una época ancestral.

Aquel gran Árbol se convirtió en el orgullo de la villa y las fiestas comenzaron a hacerse a su alrededor. Cuando el viento mecía sus ramas, las diferentes melodías se acompañaban y daba lugar una música capaz de alegrar el corazón de un pueblo tan dañado a lo largo de su historia. Tan ufanos estaban que la visita de un Rey la festejaron junto a él, regalándole una de las más bellas melodías jamás escuchadas.

Pero un buen día, el fiel jardinero debía partir a tierras lejanas, dejando a las gentes del pueblo el cuidado de tan preciado tesoro y les advirtió que debían seguir alimentándole como él, con música, porque sólo la Música es capaz de transmitir tantas emociones a la vez: alegría, dolor, tristeza, amor... emociones que transmitía aquel Árbol.

El resto de pinos crecieron haciéndose tan grandes como él. Sin embargo, guerras cercanas, llevaron otra vez a sumir a los habitantes de esta localidad en la preocupación, abandonando y dejando de cuidar este Árbol tan especial que pareció enfermar. Sus hojas, poco a poco, olvidaron las melodías y se fueron silenciando. En su lugar, el rugir de las armas de fuego y el estruendo de las bombas, de un conflicto entre hermanos, tiñeron de rojo la tierra de este lugar, antaño hermoso y feliz.

El tiempo pasó y, al parecer, el conflicto terminó llenando de alegría el pueblo. Las gentes volvieron a cantar y a celebrar, alimentando de nuevo al Árbol; recuperando el vigor de otro tiempo. Tal fue esa alegría que, a modo de estolones, surgieron otros pequeños árboles, similares al original, a su alrededor. Esa gran alegría en tiempos de posguerra había alimentado en exceso al Árbol. Esos nuevos talluelos restaron vigor al primero, sonando más que el original, haciendo que se aletargara y silenciara su música. Las fiestas que se hacían alrededor de los nuevos brotes, poco a poco fueron cesando, la gente perdió el interés, propio de la novedad, y se secaron, dejando unos pequeños tocones alrededor del gran Árbol.

Esto llevó a un período oscuro y gris donde la alegría de la gente desapareció, y la música se silenció en la villa. Ya no había canciones que cantar, ni el viento hacía sonar las ramas del Árbol mágico. Parecía haber enfermado ya que las hojas empezaron a caer de sus ramas, dejándolas desnudas cual manos huesudas, de infinitos dedos. La caída de esas acículas conformó en el suelo un manto multicolor de hojas leñosas, rocosas y metálicas, que allí quedaron como testimonio mudo de los sonidos que antaño alegraron a las gentes del pueblo.

Pero todo pasa y con el inexorable discurrir del tiempo, las hojas caídas se empezaron a descomponer, sirviendo de mantillo y nutrientes al moribundo Árbol, que alimentándose de los rescoldos de antaño, reverdeció, con nuevos brotes. Pero estos sonaban grotescos, descompasados, informes e incluso desagradables, aunque en ocasiones, se distinguían algunas melodías que recordaban lo que fue. Los habitantes de la villa se propusieron que ese Árbol, ahora ajado y retorcido por los avatares de su vida, no debía morir jamás. Buscaron nuevos jardineros que podaron las ramas secas y viejas, y volvieron a cantar canciones que lo alimentaran. Sus hojas volvieron a brotar, con una fuerza nunca vista. Aun así, este no les devolvía la música que esperaban, aquella que los más viejos del lugar recordaban en sus historias.

Hubo un día, poco después del primer equinoccio del año, próximo a la primera luna llena de primavera, en el que los habitantes de este hermoso pueblo estaban celebrando una fiesta con unas hojas de palmera. Cuando el sol alcanzó su cenit, una suave brisa de levante empezó a soplar y las hojas del Árbol, tras diez años de silencio, volvieron a vibrar y a emitir unas deliciosas melodías. La gente comprendió que aquello no debía repetirse y que aquel gran amigo había que cuidarlo más que nunca para que creciera más, si cabe. Y así fue, porque creció mucho, haciéndose más grande y hermoso que nunca, y ofreciendo a los habitantes del pueblo, todas y cada una de las emociones que transmite la música.

Con el paso de tiempo y en la historia reciente de este Árbol, ha habido hojas que han caído y ramas que se han podado, pero, por suerte, siempre ha habido rebrotes que han permitido que este Árbol, más que centenario y que por tantas dificultades ha pasado goce, a día de hoy, de una gran salud haciéndonos felices a todos.

Por eso, espero que todos y cada uno de los músicos que llevamos años siendo hojas de ese Árbol, los que algún día medrasteis en sus ramas o los que ahora empezáis a brotar en él, nunca olvidéis que sin la música no se puede vivir porque es símbolo de la riqueza cultural de nuestra sociedad, porque ha formado parte de ella desde tiempos inmemoriales. Además, cuando se que entra a formar parte de una banda, la persona aprende rápidamente valores como el trabajo en común y la jerarquía de roles en un proyecto conjunto, sabiendo ceder protagonismo al compañero o bien cogiendo las riendas de la responsabilidad máxima cuando le corresponde. Por todos estos valores y para que este Árbol continúe con ese vigor y transmitiendo la alegría de la música a nuestro pueblo. Podemos decir, como reza el lema de la exposición que hoy inauguramos, "tots hem de fer banda".

Muchas gracias.